

Diocleciano, que no habia vuelto á ver Claudio, á quien habia dado el encargo de pedir la mano de Susana, le envia á Máximo, administrador de los bienes particulares del príncipe y hermano de Claudio, para saber el resultado de su misión acerca de la virgen. Claudio le dice: «Hermano mío, ¿qué quereis que os diga? He visto, en efecto, á mi amada sobrina, á quien venero como á mi maestra, y le he manifestado el deseo del emperador; pero he sabido que esta jóven, milagro de belleza y de sabiduría, es una santa consagrada al Dios eterno; no era, pues, posible hablarle de matrimonio; y te digo que por ella he sido redimido de todos mis pecados» (1).

En una palabra, Máximo ve también á Susana, y por sus exhortaciones se convierte también al Cristianismo con toda su familia, y recibiendo el bautismo y la confirmación por mano del pontífice San Cayo, en la misma casa de Susana, pone el colmo á la alegría de esta jóven de los prodigios. Al saber Diocleciano que Claudio y Máximo, lejos de haber cumplido su misión para con Susana se habian dejado *fascinar* por ella y se habian hecho cristianos, los manda prender con toda su familia, los hace deportar á Ostia, y allí les hace morir por el fuego y hace que sus cenizas sean arrojadas al mar. Así, pues, Claudio y Máximo no pudieron hacer de Susana la esposa del César, Rey de la tierra, y Susana hizo de ellos dos mártires de Jesucristo, Rey del cielo.

Rica del mérito de todas las virtudes y de la virtud de todos los méritos, no le faltaba más que el mérito y la gloria del martirio. Este mérito y esta gloria no se hicieron esperar por mucho tiempo. Diocleciano, despues de haber agotado en vano todos los medios para hacerla esposa de su hijo y para atraerla al culto de los ídolos, la hizo atormentar horriblemente, la hizo degollar secretamente en su misma casa, para evitar la indignación pública. Habiendo tenido noticia de esta ejecución, Severa, su esposa, se llevó el cuerpo de la ilustre mártir y le dió sepultura, como hemos visto ya. Volviendo el mismo día el papa San Cayo á la casa donde Susana acababa de ser inmolada por Jesucristo, ofreció el sacrificio de Jesucristo á su memoria y á su gloria, consagró aquella casa en iglesia, y la de-

(1) «Inveni eam sanctam, præclare sapientem, pulchritudine insignem, et Deo æterno dicatam; atque per eam redemptus sum á peccatis meis.» (*Act. Martyr.*)

signó por una de las iglesias de las estaciones de los fieles, como lo ha sido siempre hasta el presente (1). La iglesia de Santa Susana, en el Quirinal, es una de las más antiguas y de las más veneradas iglesias de Roma, por las glorias cristianas que recuerda y por los preciosos monumentos que encierra.

§ IX.—Santa Sotera.—Admirable trozo de elocuencia de San Ambrosio, describiendo su martirio.—El tormento de las bofetadas.—Santa Bibiana.—Sublime respuesta de Santa Segunda al tirano.—Santa Martina, diaconisa.—Multitud y horror de sus tormentos.—Grandes conversiones que siguieron á su gloriosa muerte.

Esta misma época del martirio de estas sublimes vírgenes en Roma fué ilustrada por el martirio de Santa Sotera en la misma ciudad. Ésta era una virgen de una belleza extraordinaria, que ella ocultaba por modestia con un largo velo que cubria continuamente su rostro. Se le manda que sacrifique á los ídolos, ó que sufra la vergüenza de ser abofeteada en público por mano del verdugo, y la noble heroína se quita su velo sin decir una palabra, y á imitación de su celestial esposo, ofreció ella misma sus virginales mejillas á las bofetadas. La abofetean despiadadamente hasta desfigurarla; pero la vergüenza y el dolor, lejos de arrancarle ni una sola queja, parece que la hacen dichosa de asemejarse al Salvador del mundo, sufriendo el mismo ultraje. La única cosa que la aflige es pensar que quieran despojarla de sus vestiduras y ultrajarla de una manera más cruel en su pudor (2). Por esta razan pide á Dios la gracia de acabar cuanto ántes sus padecimientos por medio de la espada. Esta gracia se le concede; porque la santa virgen es degollada,

(1) «Eodem die Caius episcopus, in eam domum ubi illa percussa est ingrediens, sacrificia Domino Deo suo obtulit, pro commemoratione Beatæ Susanæ; atque ex illo tempore christianorum statio deputata est in his ædibus, usque in hodiernum diem.» (*Act. Mart.*, 8 Maii.)

(2) De todos los tormentos que la ferocidad de los tiranos hacia sufrir á las vírgenes cristianas, éste era el más cruel. «Últimamente, decia Tertuliano á aquellos monstruos, que tan crueles se manifestaban con las jóvenes, se condenaba á una cristiana á ser expuesta en un lugar infame, y vosotros habeis reconocido que nosotros tememos la impureza más que los tormentos y que la muerte misma.»

y su alma pura vuela al cielo, adornada con la doble aureola de la virginidad y del martirio.

Ved aquí, acerca de esta ilustre mártir, un bello y elocuente discurso de San Ambrosio, escribiendo á Santa Marcelina, su hermana, de quien la santa virgen Sotera habia sido tia: « Pero ¿ qué necesidad tengo yo, hermana mia, de ir á buscar ejemplos extraños para hablarte á tí, educada en la escuela de tu tia, mártir, que te inspiró el pensamiento de que le sucedieses en el propósito de la castidad? Educada en un campo, sin tener ninguna virgen en tu compañía que te predicase con su ejemplo, ni maestro alguno que te instruyese con sus preceptos, no tenias medio alguno humano para aprender lo que has aprendido. Tú no eres discípula, porque no hay discípulo sin maestro, sino heredera de las virtudes de tus abuelos. Citemos, pues, el ejemplo de nuestra piadosa parienta; porque nosotros los sacerdotes tenemos una nobleza propia, y que es muy preferible á la de haber tenido prefectos y cónsules en nuestros antepasados: nosotros tenemos la dignidad de la fe, que no puede perecer jamás (1).

» Nuestra Santa Sotera, siendo una virgen de una extremada belleza y de la más alta nobleza, supo despreciar las cualidades del cuerpo y las ventajas del nacimiento para guardar el tesoro de la fe sagrada. Habiéndosele mandado que sacrificase á los ídolos, y habiéndose ella negado valerosamente, el bárbaro perseguidor mandó que fuese abofeteada públicamente, esperando que la tierna virgen habia de ceder á la vergüenza si no cedía al dolor de semejante tormento (2).

» Pero aún no habia el tirano acabado de dar esta orden cruel,

(1) « Sed qui ego alienigenis apud te, soror, utor exemplis, quam hæreditariæ castitatis inspirata successio parentis martyris erudit? Unde enim dedicisti, quæ non habuisti unde disceres, constituta in agro, nulla socia virgine, nullo informata doctore? Non ergo discipulam (quod fieri sine magistro non potest), sed hæredem virtutis egisti. Domesticum ergo piæ parentis proferamus exemplum. Habemus enim nos sacerdotes nostram nobilitatem, præfecturis et consulatibus præferendam; habemus, inquam, fidei dignitates, quæ perire non norunt. »

(2) « Sancta ergo Sotheris, cum esset valde decora facie, et nobilis virgo majorum prosapia, consulatus et præfecturas parentum sacra posthabuit fide; et idolis immolare jussa, non adquevit. Quam immanis persecutor palmis cædi præcepit, ut tenera virgo dolori cederet, aut pudori. »

cuando la virgen se apresuró á quitarse el velo que cubria constantemente su rostro. Y ¡este bello rostro se descubrió por la primera vez para el martirio! Vedla, pues, presentando ella misma al verdugo su rostro, la única parte del cuerpo que permanece ordinariamente exenta de todo ultraje, y que más bien mira los tormentos que los sufre. Ella ofrece sus mejillas á las bofetadas, suplicio á que solos los esclavos podian ser condenados, á fin de llegar por este tormento servil al más alto grado de la gloria de la confesion; y ella se presentó voluntariamente y aún gozosa á sufrir tal afrenta, porque de este modo hacia servir al sacrificio del martirio la belleza, que es la más fuerte tentacion contra el pudor, y porque, por la pérdida de los atractivos de su rostro, iba á disminuir el peligro de su integridad. Su paciencia y su firmeza fueron tan grandes como su valor. El verdugo se cansó de herirla antes que ella se cansase de sufrir tan duros golpes en sus delicadas mejillas. Miétras la abofeteaban, jamás apartó la cabeza, ni hizo el más pequeño movimiento para retirar el rostro, ni una lágrima salió de sus ojos. Pudieron llenar de heridas su rostro, pero no pudieron alterar la belleza de su virtud ni la gracia interior de su alma. En vano la hacen sufrir otras várias especies de tormentos. Ella triunfa de todos, hasta que la espada viene á darle la muerte, que tanto habia ella deseado » (1).

No nos detendremos á referir el glorioso martirio que la virgen Santa Bibiana sufrió en esta misma época, en compañía de su santa madre Dafrisa y de Demetria, su hermana, á quienes el tirano, para ultrajar su pudor, hizo despojar de todos sus vestidos, atándolas desnudas á unas columnas en la plaza pública y azotándolas

(1) « At illa ubi audivit hanc vocem, vultum aperuit, soli invelata atque intacta martyrio. Vultum carnifici dedit, qui, inter cruciatus totius corporis, liber esse consuevit injuriæ, et spectare potius tormenta quam perpeti. Vultum obtulit ut servilibus quoque contumeliis ad passionis fastigium veheretur. Volens injuriæ occurrat, ut ibi martyrii fieret sacrificium, ubi solet esse tentamentum pudoris. Gaudebat enim dispendio pulchritudinis periculum integritatis auferri. Tam fortis et patiens, ut, cum teneras pœnæ gennas offerret, prius carnifex cædendo defecerit, quam martyr injuriæ cederet. Non vultum inflexit; non ora convertit; non gemitum, non lacryman dedit. Sed illi potuerunt quidem vultum ejus vulnere vibicibus exarare; faciem tamen virtutis ejus et interni decoris gratiam nequaquam exarare potuerunt. Denique cum cætera pœnarum genera vicisset, gladium, quem quærebat, invenit. »

cruelmente con varas de hierro, hasta que espiraron en la confesion y en las alabanzas del Señor. (*Brev. Rom.*)

Á propósito de las santas hermanas, vírgenes y mártires, naturales de Roma, Rufina y Segunda, que rehusaron las dos un noble matrimonio por permanecer fieles á la virginidad que habian prometido á Jesucristo, sólo recordaremos aquí las bellas palabras que la última de ellas dirigió al prefecto Junio, que, haciendo azotar con varas á la mayor de las dos, parecia que queria perdonar á la más jóven. « ¿Por qué esa injusticia? exclama ella en presencia del tirano. ¿Por qué, haciendo á mi hermana el honor de atormentarla, me deshonras á mí en no asociarme á ella? Las dos somos cristianas; nuestro crimen es el mismo; y ¿por qué no hemos de sufrir las dos el mismo castigo? Mandad, pues, que yo sea tambien azotada; nosotras debemos ser castigadas unidas, supuesto que unidas confesamos que Jesucristo es Dios » (1).

Pero no podemos olvidar en este pequeño catálogo de las más ilustres mártires de Roma, á la más gloriosa tal vez de entre ellas, y á quien la Roma cristiana mira como una de sus más grandes glorias é invoca como su protectora (2). Hablo de la ilustre virgen Santa Martina, que siendo hija de un cónsul romano y heredera de una inmensa fortuna, comenzó su carrera en el camino de la piedad y de la perfeccion cristiana por distribuir á los pobres, con una generosidad inaudita, todos sus bienes (3), y por consagrarse á Dios con el voto solemne de virginidad. Ella era una de aquellas diaconisas (4) que, segun documentos incontestables, recibian una espe-

(1) « Quid est quod sororem meam honore, me afficis ignominia? Jube ambas simul cædi, quæ simul Christum Deum confitemur. » (*Brev. Rom.*)

(2) En el *Breviario Romano* se celebra á Santa Martina como la Santa protectora de Roma. Un himno propio le está consagrado. El papa Urbano VIII le hizo erigir una magnífica iglesia al pié del Capitolio, en el mismo lugar donde se encontraba la antigua iglesia de la que la Santa era diaconisa titular. Esta es la más bella, la más rica y la más magnífica iglesia de las santas mártires de Roma.

(3) « Christianæ pietatis ardore succensa, divitias quibus affluebat, mira in pauperes pietate, distribuit. » (*Brev. Rom.*)

(4) Las diaconisas recibian la imposicion de las manos, usaban una vestidura especial, y eran contadas entre las personas consagradas á Dios. El Concilio de Calcedonia, cánon 16, pone á las paulanistas en el estado de los legos, porque sólo tenian el hábito, sin la imposicion de las manos. Por lo demas, las diaconisas ejercian respecto á las mujeres las mismas funciones que los

cie de ordenacion particular en la antigua Iglesia, y un título que las agregaba al servicio de una iglesia; ella es aquella Santa Martina á quien dejamos más arriba ejerciendo con el mayor fruto el apostolado de Jesucristo ántes de dar su vida por Jesucristo.

Estos triunfos del fervor y del celo de una jóven, á los que la santidad de su vida y el esplendor de su condicion daban aún mayor realce, excitaron contra ella el fanatismo de los sectarios de la idolatría, y el ódio feroz de la autoridad, á quien alarmaban los progresos del Cristianismo. Mandan prender á la noble virgen, y la intiman que reconozca y venere las vanas divinidades del paganismo. Ella rechaza con horror este acto impío, y lo detesta con todas sus fuerzas; y funda su negativa en una refutacion sólida, que hace en público y con la mayor libertad, de la vanidad de los ídolos y del culto sacrilego que se les tributaba. De aquí se origina un combate, el más obstinado que se ha visto jamas, entre la debilidad y la fuerza, entre el pudor y la insolencia, entre la mansedumbre de un cordero y la rabia de un lobo, entre la fe de una virgen cristiana y la crueldad de un tirano, armado con todos los recursos del poder soberano. No hay especie alguna de tormento que no se ponga en práctica para triunfar de la constancia de la jóven mártir. La azotan horriblemente repetidas veces, la desgarran con pedazos de vidrio y con uñas de hierro, cortan su carne á pedazos con navajas afiladas, su cuerpo virginal es una pura llaga de los piés á la cabeza, y continúan haciéndole nuevas heridas más anchas y más profundas, y derraman sobre sus heridas aceite hirviendo. En este estado la exponen en el anfiteatro á los leones, que no osan tocarla, y la arrojan despues en medio de las llamas, que la respetan igualmente (1). Estos prodigios, cuya verdad no puede ponerse en duda,

diaconos respecto á los hombres, principalmente para la visita de los pobres y la instruccion de los catecúmenos. Ellas estaban encargadas de las puertas de aquel sitio de la iglesia donde estaban las mujeres separadas de los hombres, y en el acto del bautismo, ellas las ayudaban á desnudarse y á vestirse, con el objeto de que todo se hiciese con decencia.

(1) « Cum deos inanes colere juberetur, immane facinus summa libertate detestatur. Quapropter, iterum atque iterum affecta verberibus, uncis, unguulis ferreis, testarum fragmentis lacerata, acutissimis gladiis membratim concissa, adipe fermenti peruncta, demum in amphitheatro damnatur ad bestias; à quibus ilea divinitus evadens, in ardentem rogam injecta, incolumis, pari beneficio servatur. » (*Brev. Rom.*)

porque suceden á la vista de todas las personas que asisten al coliseo, mueven á los mismos verdugos, á quienes la inalterable mansedumbre y la paciencia invencible de la víctima habian llenado de admiracion: ésta era la gracia, que se abria camino en sus corazones. Ellos no resisten por más tiempo; ellos creen en Jesucristo y se confiesan públicamente cristianos. Se indignan contra ellos, y con el mayor furor se les convierte en víctimas, se les hace sufrir el mismo martirio, y se les corta la cabeza, haciéndolos confesores de la fe (1). Dios lo dispuso así para que Martina, que habia hecho con su celo á tantos hombres cristianos, entrase en el cielo precedida, rodeada y honrada por una legion de mártires.

Pero no se acaban aquí sus gloriosas conquistas. Apenas espira ella bajo el golpe de la espada (2) que le corta la cabeza, cuando se siente en toda la ciudad un gran terremoto; muchos edificios se hunden, y anuncian con su ruina la próxima ruina del infame edificio de la idolatría romana. Porque, en efecto, ninguna mision apostólica produjo mayores frutos que el martirio de esta virgen. Un gran número de idólatras se convirtieron en un momento, y Roma se llenó de admiracion al verse cuasi toda cristiana (3). Así es como hacia Dios de la mujer mártir la mujer apóstol del Cristianismo.

(1) « Ex ejus sectoribus nonnulli, miraculi novitate correpti, Dei inspirati gratia, Christi fidem amplexi, post cruciatum, gloriosam martyrii palmam, capitis abscissione, promeruerunt. » (*Brev. Rom.*)

(2) Es digno de observar que Dios salyaba cuasi siempre por medio de prodigios á sus confesores, cuando intentaban hacerlos morir por las fieras, por el fuego ó por el naufragio, mientras que consentia que muriesen por la espada. « Esto consiste, dicen los padres y los intérpretes, en que las otras penas eran unas penas arbitrarias, eran ciertos refinamientos de crueldad, y no eran penas legales; mientras que, segun San Pablo, la espada es el signo de la justicia, del poder político: *Non sine causa gladium portat.* » (*Rom.*, x.) Por consiguiente, al consentir que los mártires muriesen por la espada, quiso indicar el respeto que se debe al poder público en las acciones que son de su incumbencia, aun en el caso en que abuse accidentalmente de su autoridad.

(3) « Hisce prodigiis, ejusque in primis constantia, acriter permotus judex, caput virgini amputari præcepit. Qua perempta, urbs tota contremuit, ac multi idolorum cultores ad Christi fidem conversi sunt. » (*Ibid.*)

§ X.—Virgenes mártires fuera de Roma.—Santa Águeda.—Su constancia y sus reconvenciones al tirano mientras le cortan los pechos.—Su dichosa muerte fué seguida de prodigios.—Santa Lucía, su imitadora en la profesion de la virginidad y en la constancia del martirio.—Dios no permite que ella sea violada.

Pero estos mismos prodigios que el poder de Dios obró en Roma por medio de la mujer mártir, los obró tambien por el mismo medio, como lo prueban las actas de los mártires, en el resto del mundo, en la época del establecimiento del Cristianismo en el mundo. Ved aquí algunas de las santas mujeres que sufrieron por Jesucristo el martirio fuera de Roma, y cuyos nombres han sido siempre célebres en la Iglesia. En primer lugar encontramos á Santa Águeda y Santa Lucía, las principales glorias religiosas de Sicilia, cuyos nombres se encuentran en el cánon de la misa y en la letanía de los santos.

Nada es más admirable ni más bello que las palabras y las oraciones de Santa Águeda durante su largo y horrible martirio. Noble de origen y dotada de una rara belleza, habiendo rehusado, por amor á la virginidad, la mano y el amor de Quinciano, pretor de Sicilia, éste la hizo prender en Catania, donde se encontraba, y la echó en cara, como una cosa vergonzosa, el que siguiese, siendo noble y rica, la vida oscura y pobre de los cristianos: al cual ella respondió: « Tú no sabes lo que dices, Quinciano; lo que tú llamas la humildad y la servidumbre cristiana, es mucho más noble y más glorioso que todo el fausto y las riquezas de los reyes. En cuanto á mí, no soy más que una sierva de Jesucristo; por eso me ves cubierta de pobres vestidos, propios de los siervos. Así, pues, yo quiero ser reconocida por lo que soy y por lo que me glorío de ser » (1). Indignado Quinciano de esta respuesta tan cristiana, manda que la santa virgen sea encerrada en un horrible calabozo. « Esa es mi gloria y mi alegría », respondió ella; y se dirigió á la prision con un semblante tan tranquilo y tan alegre, que parecia que iba á un banquete de bodas; sin embargo, ella se puso á implorar el

(1) « Multo præstantior est christiana humilitas et servitus regum opibus et superbia. Ancilla Christi sum; ideo me servilem ostendo habere personam. » (*Brev. Rom.*)